

El poeta Mario López

* * *

Por Pablo GARCIA BAENA

Indudablemente los pronósticos que se hicieron en las cabañuelas de aquel año de gracia de 1918 fueron pródigos y felices para el labrantío y los olivares: el primero de agosto y en Bujalance, entraña cereal de la campiña cordobesa, nació el poeta Mario López.

Ya no era Bujalance el casal asimétrico que nos muestra el grabado de Juan Bernabé Palomino, con solamente las torres y las cúpulas de la parroquia agrupadas en un Kremlin rural. Ni vivía don Juan Begué, el ingenuo y cáustico autor de *Las cosas de mi pueblo*. Ya la «casa de conversación» estaba cerrada y la Venus de escayola del casino comenzaba a agrietarse y no se «tomaban las once» o sea un jarrillo de vino al vender un paño en las tiendas de los tundidores, ni se decía la «misa de postre» en la capilla de San Antonio.

Mas en los duros caminos del invierno, por donde iban los carros hacia los caseríos y las almazaras, la herradura de las recuas perdidas llameaba sobre el pedernal de asentamientos y sillares y aparecían las páteras, las urnas, los miliarios de Roma. Vecindad noble para los cortijos de Pozo-Benito, El Deán, Fernán-García, La Marquesita, Palomuerto... Y un friso de ancianas enlutadas, en las manos los lirios del recuerdo, bajaba desde la ermita de Jesús, silenciosas, procesionales, como en un cuadro de Benítez Mellado. Calles y calles del Caño de la Hortelana, de los Terreros, de los Tobosos, llanete de Don Joaquín de Córdoba, Fuente del Adalid. Casas almohadilladas de parca arquitectura toscana, con forja de lanzas para Bailén o escabel encera-do para el descanso de la descalcez carmelitana. Y por un cielo de oscuras gemas deslumbrantes, en la escala óptica, en el empíreo magno y culto de

(*) Discurso de presentación a Mario López con motivo de su nombramiento de Hijo Predilecto de la ciudad de Bujalance, leído por su autor el día 9 de junio de 1985.

Acisclo Antonio Palomino, conversan –barandas del gran teatro del barroco–, los impasibles: el Angel Pariente con San Tesifón, obispo de Bujalance, el torero de alamares de niebla con la muchacha lejana, Juan de Dios el auriga con el capellán de la Heredad de Cárdenas, el dulce tonto con los «Santos Menores». Todos idas «estatuas de crepúsculo».

Y estamos hoy aquí convocados por el Ilustre Concejo en homenaje de predilección y cariño a un poeta «entre labriego y patricio romano» que había dicho Ricardo Molina, prestos el mirto, el laurel, las yedras para una ofrenda debida y oportuna, tal la cita del Dante:

«Onorate l'altissimo poeta...»

Y con este acto, las siete torres del castillo bursavolense –alguna todavía en pie como la de las Palomas que, aunque herida, gallarda–, esos almenados muros que luego pasaran al blasón heráldico se tiñen de nueva gloria, de vívidos esmaltes que renuevan la limpia ejecutoria de los escudos en la fachada municipal, en los sellos de viejos privilegios, en las alabardas de los alcaides reales y en los pectorales y cetros de los maceros, plata cordobesa sobre el terciopelo oficial y galoneado... Y el oro es justicia y nobleza, el rojo generosidad y valentía, el azul entrega y lealtad. Virtudes que honran por igual al poeta y a su pueblo.

Celebramos este cabildo de amistad en esta mañana del domingo infraoctava del Corpus o domingo de Minerva, este domingo que es todo un símbolo de la ciudad de Bujalance, porque conjuga en entramado esbelto de custodia, cresterías de espigas eucarísticas y guirnaldas con el gris-verde de los olivos de Atenea... Olivos comarcales que, según Plinio, y no es todavía exageración andaluza, daban «las aceitunas grandes, dulces y sabrosas, como higos».

Pero si Bujalance llama hoy predilecto a Mario López el poeta lo eligió antes, para siempre y desde siempre en el hondo venero de su corazón. Y ya su primer libro, *Garganta y corazón del sur*, que en la primera edición lleva un retrato del poeta por Miguel del Moral, nos va a dar la clave de lo que será la poesía de Mario, el gran libro coral de la campiña, el libro del amor a Bujalance. Pocas veces el poeta, como ave de tarde en torno a la torre mayor, se alejará nostálgico del escenario que ama y nunca muy lejos: Tarifa, Cádiz y los Puertos, Granada, Moguer. Y esa debilidad atrayente que tienta al cordobés por Málaga, de la que Mario nos da noticia magistral y precisa en dos poemas: «Memoria de Málaga» y «Elegía de 1952»:

«Volví por la Alameda entre parejas
de novios que se amaban a la luna
de la Alcazaba en flor y las palmeras,
vuelto de espaldas al Marqués de Larios...»

Siempre la flor andaluza de poemas erguida en primavera total. Quizás la más distante divagación del poeta sea «esa ola del año 12, que en el verano real del Sardinero acarició los pies de las Infantas».

Y como en la fotografía del niño vemos ya al hombre que va a ser en *Garganta y corazón del sur* están, inseparables, todo Mario y todo Bujalan-

ce. Desde la primera página el poeta levanta el altar del aire; del aire, «Dios respirado» como primer don en el gozo corto del andaluz. Y las voces misteriosas del campo, de hondas arterias minerales surten de confidencias al oído del enamorado: voz nardo de septiembre, reclamo de perdiz en las albas, el rumor de las grullas migratorias, el perezoso toque de queda en Abril...

A la Andalucía del furor lorquiano y sus epígonos, opone Mario la serenidad melancólica de Albéniz, a unas bodas de sangre, la mecedora y los ojos verdes de *Pepita Jiménez*.

Como todo gran poeta la poesía de Mario es un solo libro, una sola vida. A *Garganta y corazón del sur* le siguen *Universo de pueblo*, *Nostalgario andaluz*, *Museo simbólico*. Mario y Bujalance, ya convertido en «Pueblo-mío», «Puebloamor», siguen intercambiando, en la fidelidad, secretas prendas amantes y la contemplación del mundo exterior se convierte en el paisaje interiorizado, viviendo el espectáculo de la naturaleza y el espectáculo de los demás. Vuelven las noches fantasmales de otoño:

«con raras avenidas de cornejas goteando
su obsesivo mensaje de insomnio en la arboleda...»

Y el léxico agrario se enriquece de los dóciles útiles domésticos: las trébedes, la artesa, las tinajas; de las franciscanas plantas más humildes: los vianagrillos, las ortigas, las malvas, las collejas; de la animalía cotidiana y libre: las liebres, el zorzal, los moscardones. Se abren, como al cielo, las puertas amplias de los campos para que pasen «los muertos de pueblo» conversando de Agricultura. Y los «Ángeles de la Leña Quemada y de la Verdina» alzan, morada y silenciosa la copa de noviembre.

Dios va y viene en ese trajín de siembras y maquilas. Mucho se ha hablado, y dudado, de la religiosidad de los poetas de «Cántico», pero tan sinceras eran la exaltación carnal como el cordonazo penitencial que desemboca en un Miércoles de Ceniza. De esa paganía que era sólo un total rendimiento a la belleza, de esa liturgia ornamental y andaluza tan grata a los sentidos, y a Dios, se nutrió «Cántico». Y fue salmo y manantial clarísimo en Ricardo Molina; imprecación amarga en el vino de Juan Bernier; desdén y desengaño en Julio Aumente; seda antigua en las manos de Pablo. En Mario López la fe es tan firme y natural que nos presenta un Dios benefactor en la tutela de ese mundo organizado y familiar, de ese «universo de pueblo». Un Dios sin cumplidos que se sienta al brasero en días de «matanza». Dios de arrieros y violetas, el Dios ignoto:

«dibujado en mapas de humedad por paredes
del molino, explicando su bondad lugareña
en el plural idioma de la dicha absoluta».

Y Nuestra Señora del Campo es la guardesa de esa felicidad, dispensadora de las lluvias tempranas, de la semilla germinal, del orujo adormeciente de la Gracia, desde su camarín de caracoles y oropéndolas.

Octavio Paz en su conferencia del surrealismo aclara varias cosas; no es

ésta una cita literal: «Mucho se ha hablado entre nosotros (con la poesía social) del arte como instrumento, como arma de combate o herramienta. Nada más peligroso que esta bárbara confusión. Los útiles y herramientas viven en la esfera de la técnica y ésta es repetición que se perfecciona o se degrada. Es herencia y cambio: el fusil reemplaza al arco, el tractor al arado, el ferrocarril a la diligencia. *La Eneida*, en cambio, no sustituye a *La Odissea*. Toda obra artística es un objeto único, irrepetible».

Única, irrepetible, voluntariamente arcádica en el recuerdo es la obra de Mario López.

El Chaparral, la Cruz de los Portales, Juan Jerónimo el Alarife, el Altozano y sus pecados humildes ¿existieron, o sólo son ya láminas en los Portafolios de la Nostalgia? El sueño y lo real, el tiempo y sus dos caras de pasado y futuro, como moneda al aire, la mano del poeta la recoge, cara o cruz, vida o muerte es, resignadamente, igual.

Escribe Mario: «Que a nadie dirás nunca, aunque lo sepan todos cuantos te vieron solitario y errante, alucinado, cada tarde pasar hacia el crepúsculo de las torres custodias de tu pueblo, bajo el temor antiguo de que todas sus campanas de pronto repicaran, proclamando o, peor, reconociendo que, a pesar de ser sueño, éste fue hermoso...».

Y ese temor antiguo se ha cumplido y todas las campanas de Bujalance han repicado en esta mañana gloriosa y su Puebloamor, fiel como en la ceremonia del Voto el 8 de diciembre, ha contestado firme y orgulloso: Sí juramos, Sí votamos por nuestro poeta.

